

Virginia es la más desprendida de los hijos de Doña Lugardita, cosa nada extraña en nuestra raza mixta, en la que en lucha la sangre de Cuatemoc con la del Cid Campeador, forman *pigmentum* de tono más ó menos caliente según el vencedor.

Virginia era, pues, más clara que sus hermanos, y con el polvo de arroz de Coudry que la regalaban sus amiguitas, acababa de estar presentable y había tal distancia entre ella y sus hermanos, que éstos, envidiosos de su buena suerte habían acabado por aborrecerla.

El hogar, pues, para Virginia, era un tormento, porque en él no estaba de acuerdo con nadie y sus únicas aspiraciones eran salir de entre aquellos muchachos desarrapados y burlones y de aquel círculo en que se sentía más mal cada día.

Ya veremos muy pronto adonde la conducen esos humos aristocráticos.



CAPÍTULO V.

La boda de Ernesto se pone en caliente.

ERNESTO, como hemos indicado, pasaba por ese período de deslumbramiento y de celo tan propicio á Himeneo, que ha logrado este Dios completar el censo de la población del mundo, aunque sea con algunos millones de proletarios; quiere decir con hombres que no tienen más representación ni importancia social que la de multiplicadores de la especie.

Las relaciones que Ernesto había contraído en relación con el giro de te-

nería, eran de dependientes de zapatería y talabarteros; pero su amigo predilecto, por simpatía, era un joven alemán, colocado en una mercería; era el único con quien dividía el tiempo que consagraba á su novia, y á quien acompañaba todos los domingos á tomar baños fríos en la Alberca Pane.

Como Ernesto no hablaba más que de su casamiento, el joven alemán, un tanto espantado de semejante resolución, le decía:

—Ernesto, ¿lo has pensado bien?

—Y ¡cómo si lo he pensado! ¡sobre que no pienso en otra cosa!

—Pero mira.....

—Ya empiezas con tus observaciones y tus cálculos.

—Naturalmente, porque con esto creo hacerte un bien.

—¿Crees que sea un bien para mí prescindir de Rebeca?

—Indudablemente; tú no puedes casarte.

—¡Cómo no puedo! ¡y mucho que sí!

—Podrás, pero no debes.

—Estoy comprometido.

—A pesar de eso.

—Me aconsejas que falte á mi palabra.

—Sí.

—¡Por quién me tomas!

—Mira, Ernesto, no te violentes y hablemos con formalidad. En último caso harás lo que te parezca, pero escúchame, dijo el alemán con mucha calma y en tono serio.

—Dí lo que quieras, contestó Ernesto, cruzándose de brazos.

—Digo que no debes casarte, porque eres muy joven y porque tus recursos no son todavía suficientes para sostener una familia.

Mira que el casarse cuesta dinero,

sostener á la mujer cuesta más dinero, tener un hijo, todavía más dinero.

—¡El dinero á todo y por todo! Ustedes, los extranjeros no piensan en otra cosa; y pretendes que yo, como si hubiera nacido en Alemania, me entretenga en pensar en esas ruindades.

—Y no obstante me has dicho que lo has pensado mucho.

—Ya se vé que sí.

—Entonces debes haber pensado en el dinero, en eso que tú llamas ruindades.

—No.

—Pues, entonces, en qué. Cuéntame lo que piensas.

—Pienso, en que Rebeca es muy linda.

—Razón de más para pensarlo mucho.

—En que todo el mundo sabe que la quiero, en que he dado mi palabra

de casamiento, en que ella ha consentido, en que la familia ha consentido, y en que, en fin... esto no tiene remedio. Yo me he de casar porque ya no es tiempo de retroceder, y á lo hecho pecho.

—¿Y los recursos?

—Dios dirá.

—¿Y el porvenir?

—Dios dirá.

—¿Y las inevitables necesidades de mañana?

—Dios dirá.

—Mira, Ernesto: aunque á veces me calificas de impío, me sospecho que Dios no ha de decir nada, y que te vas á echar por un voladero.

—¡Qué quieres, ese será mi destino! Adelante.

Estas palabras fueron seguidas de una larga pausa, como si ambos contendientes se hubieran cansado de lu-

char; pero, al fin, pareciéndole á Ernesto que había estado demasiado duro con su amigo, dijo:

—Ustedes los extranjeros lo ven todo de muy distinta manera que nosotros, y eso ha de consistir en que ustedes son muy fríos.

—Y ustedes, agregó el alemán un tanto picado, son todo lo contrario.

—Lo cual no me pesa.

—Pues debía pesarte, porque caminas derecho á tu desgracia.

—¿Por qué?

—Te lo voy á probar. ¿Qué esperanzas tienes de progresar en la Tennería?

—Ninguna. El patrón es un viejo que sustituyó á su padre en ese giro, y desde tiempo inmemorial no pagan al primer dependiente más que cuarenta pesos, y no hay ni remota idea de que las cosas cambien, porque el viejo

no tiene deseos de enriquecer; se conforma y se ha conformado siempre con lo poco que gana para vivir, y no es capaz de dar un solo paso para progresar. Yo lo he calado y lo conozco bien.

—¿No le has hablado de que te de partido?

—¿Qué partido! si es más mezquino que...

—¿Luego estás condenado á vivir siempre con cuarenta pesos?

—No; porque de aquí á mañana puedo encontrar otra colocación mejor, sacarme la lotería, hacer algún negocio, en fin... tantas cosas pueden suceder.

—Pueden, ¿pero si no suceden?

—¿Cómo no!

Volvió á haber otra pausa al cabo de la cual continuó el alemán sacando un lápiz de la bolsa.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1625 BONTERRY, MEXICO

—Permíteme que hagamos la distribución de tus cuarenta pesos.

—Hagamos la distribución, dijo Ernesto resignándose.

—En primer lugar necesitas casa.

—Si.

—¿Qué has pensado en esto?

—Pues mira, por lo pronto he visto al dueño de la casa en que vivo, y me ha ofrecido agregar á nuestra vivienda un cuarto de la inmediata, aumentando la renta en solo ocho pesos. ¿Qué te parece?

—Muy bien, dijo el alemán para alentarle, y escribió en un papel: «Casa ocho pesos.»

¿Y la comida?

—Mi mamá me ofrece que con cuatro reales diarios, nos dará de comer á los dos.

—Son quince, escribió el alemán y ocho veintitres. ¿Y criados?

—En casa no hay más que una muchachita de trece años, y muy inútil y yendo Rebeca, necesitaremos una criada más, y, según me dice mamá, esto no costará más de seis pesos al mes con todo y comida.

—Me parece poco; pero sea, son veintinueve.

—Ya ves que me sobran todavía once pesos cada mes para todos los demás gastos. Luego me puedo casar con mis cuarenta pesos, exclamó Ernesto con aire triunfante.

—Eso es lo que se llama hacer cuentas alegres.

—¿Alegres?

—Ya verás. Y tu mamá, continuó el alemán, hace ordinariamente sus gastos sin carecer de nada?

—A veces se ve apuradilla.

—¿Y qué hace?

—No lo sé; pero ninguno de nosotros se ha muerto de hambre.

—Y tu hermana la Profesora, ¿qué genio tiene?

—Endemoniado.

—Pues mira, Ernesto. Te van á suceder dos cosas.

—Cuales.

—Primera, que cuando falte gasto en la casa tu tendrás que proveer.

—De los once pesos.

—Y cuando alguno se enferme y no haya con qué curarlo tu tendrás...

—De los once pesos.

—Y cuando...

—De los once pesos, hombre; de los once pesos.

—Quiere decir de los cinco panes.

—Como quieras.

—Ahora voy á decirte otra de las cosas que va á sucederte.

—¿Qué?

—Que tu mujer y tu hermana no van á estar en paz.

—¿Por qué no?

—Porque son caracteres opuestos, y porque las cuñadas no pueden vivir juntas.

—Pues lo que es mi hermana se aguantará..

—O tendrás que mudarte.

—Eso no.

—Suponlo.

—No puede ser.

—Suponlo.

Ernesto, después de reflexionar un momento no pudo menos que decir.

—Sabes que entonces las cosas si se complicarían.

—De modo que los cuarenta pesos no alcanzarían para nada, ¿no es cierto? Y, ¿entonces?

—Dios dirá.

Pasaban los días y Ernesto no adelantaba gran cosa practicamente en los preparativos de su boda; pero des-

de luego al domingo siguiente ya no acompañó á su amigo el alemán á la Alberca Panes, porque este alemán lo conducía como de la mano á la detestable prosa de los guarismos.

Ernesto prefería mecerse solo en sus sueños color de rosa.

Lo color de rosa de estos sueños consistía en los personajes que figuraban en ellos.

El sempiterno dios Pan, su inseparable compañero, tocando en su flauta de siete carrizos, problemente algún aire de la Mascota. El amor, á quien no le quedaba más trabajo después de haberlo herido, que tupirle las tinieblas del entendimiento. El diablo de la vanidad que le hacía creer delante del espejo, que él, Ernesto, el dependiente de la Tenería, era casi una persona y un novio á pedir de boca.

Mientras más le aguijoneaban estos

personajes, mientras más lo empujaban al precipicio, más claro veía Ernesto que lo único que faltaba á su dicha era el dinero.

—Maldito dinero, exclamaba. ¡Quien había de pensar que un puñado de ese vil metal pudiera determinar, si falta, mi completa desgracia. ¡Dinero! dinero lo hay en todas partes; les sobra á muchos y otros no lo necesitan para nada, mientras que á mí me haría feliz.

Y después de soliloquios semejantes, atravesaban por la acalorada mente de Ernesto, en forma de ideas salvadoras, todas las trasgresiones de la moral y del deber.

En esto habían pasado algunas semanas, durante las cuales le pareció observar cierta tirantez en el trato, hasta allí cordial, del papá y la mamá de Rebeca, hasta que la noche menos

pensada encontró á ésta llorosa y de mal talante.

Como á aquellas alturas y ya en su carácter de novio oficial, podía hablar á solas con su prometida le preguntó:

—¿Qué tienes?

—Nada.

—¿Cómo nada!

—No tengo nada.

—Has llorado.

—No.

—Esos ojos...

—Me duele la cabeza.

—¿Te duele?

—Si.

—¿Mucho?

—Si.

—Mira, Rebeca, eso no es cierto. Algo ha pasado, cuéntamelo todo, ten confianza en mí. ¿Acaso han venido á maldisponerte...?

Rebeca guardó silencio.

—¿Dímelo, dímelo, por Dios!

—Pues la verdad, sí.

—¿Quién?

—No me exijas que te diga el nombre, pero ayer le han hablado á mí Papá, han venido á decirle, á más de algunos chismes anteriores de que no te había hablado, que tu no te has de casar conmigo, que no estás haciendo más que *encharme*.

Y Rebeca se soltó llorando.

Estas lágrimas, como si hubieran sido el resorte de una máquina de autómatas, puso en movimiento á los personajes de los sueños color de rosa, y Ernesto, como el que se echa al agua sin saber nadar, se fué en derechura al papá de Rebeca, fijando el día de la presentación preliminar del Registro Civil.

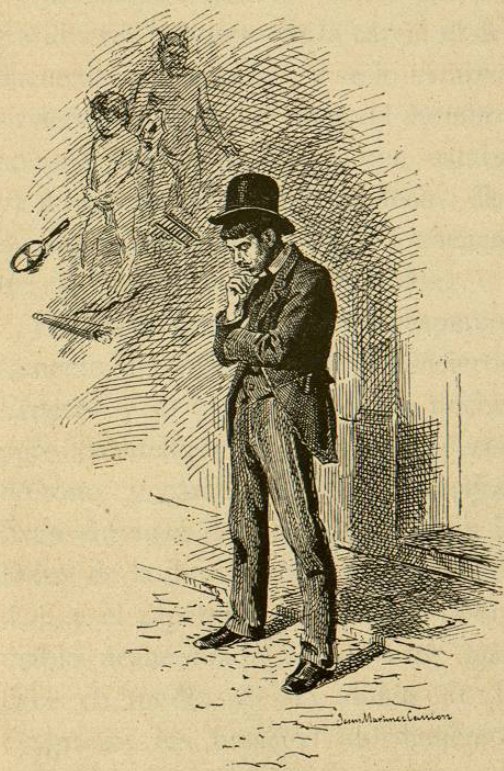
El papá de Rebeca abrió la boca y la mamá no pudo decir esta boca es

mía. La novia enjugó sus lágrimas con una sonrisita monísima, y con un largo apretón de manos á su novio, que había llegado como Julio César al colmo de la gloria.

Cuando Ernesto salió esa noche de la casa de Rebeca, se paró en la calle, se echó el sombrero para atrás, y se metió las manos en los bolsillos, como si se parara frente á frente de su situación, y sintió que recorría su cuerpo el calofrío del espanto, y que sus piernas se doblaban con la laxitud del horror á lo desconocido.

Su sistema nervioso apenas resistía á aquel terrible sacudimiento moral, al grado que el dios Pan soltó su flauta, el amor su saeta y la vanidad su espejo.

Por medio de uno de esos sorites que el hombre suele forjarse en las situaciones difíciles, Ernesto encontró la solución de aquella situación insostenible, en esta luminosa idea:



La Cantina.

La encontró abierta, como encuentra abierta la puerta de la cárcel el delincuente. Pidió ajenjo, y se lo estaban sirviendo cuando le tocó el hombro un amigo suyo, zapatero, que estaba ya á *medios palos*, quiere decir, dispuesto á todo; por lo cual el encuentro de Ernesto le venía de molde.

Hacemos gracia al lector respetuosamente del relato de lo que hicieron Ernesto y el zapatero aquella noche, pero los sueños color de rosa subieron de tono, y cambiaron de personajes. Eran entonces el mofetudo Baco y la Diosa de la hermosura los que presidían, y el zapatero, que era un pobre diablo desheredado de la suerte, buscaba en medio de la atonía de la desgracia, los funestos aturdimientos de la crápula.

Aquella noche había ocurrido á la

cantina en busca de expansión y de emociones, y Ernesto se le había aparecido como el genio de una comedia de magia.

El alcohol que tiene la rara virtud de torcer, sin arte, las clavijas del alma, pone en inusitada actividad algunas facultades, muy especialmente las del amor.

Por medio de esta discordancia, el borracho suele ser la criatura más amorosa del mundo. Todas las facultades afectivas del zapatero se consagraron á Ernesto; se sentía ardiendo de amor por él, queriendo á toda costa probarle su cariño y su amistad.

Llevaba bastante dinero en los bolsillos; de manera que Dios los crió y el diablo los juntó aquella noche hasta la madrugada del día siguiente.



CAPÍTULO VI.

Las cuentas tristes y las cuentas alegres.

DOÑA Marianita Quijada, había dormido mal. Había estado llena de temores por su hijo.

Llegó este á las seis y ya Doña Marianita barría su casa. Al ver entrar á Ernesto no pudo contenerse una exclamación,—Ernesto! dijo, en que cuidado me has tenido;

—Cuidado! repitió Ernesto de mal humor; y en tono bastante destemplado para ser de un hijo, continuó. Ya le he dicho á V. que cuando venga tarde ó no venga, V. debe estar tranquila.